

COMPROMISO Y COTIDIANIDAD ACADÉMICA*

BORIS BERENZON GORN

¿Qué significa para usted el exilio y qué representa hoy su propio puente entre España y México? Hábleme de las rupturas y las confluencias que delimitan este puente histórico-generacional.

El exilio representó para mí —como para miles de españoles acogidos a la generosa hospitalidad de México— la posibilidad de iniciar aquí una nueva vida, de la que ha formado parte sustancial —en mi caso personal— mi vida académica, como estudiante, profesor e investigador. Pero el exilio que, en sus primeros años, significaba también un desgarrón terrible, la pérdida de la patria de origen —pues el destierro no es un simple “transtierro”—, es un capítulo que quedó cerrado hace ya dos décadas, desde que sin olvidar las raíces, el exiliado se integra plenamente en su segunda y nueva patria. Desde este punto de vista, el exilio queda atrás pero los frutos que en él se dieron hacen de él un doble puente en cuanto que, por un lado, se integran en la cultura mexicana, y, por otro, mantienen aquí la llama de la cultura española que el franquismo había apagado brutalmente al grito de uno de sus generales de “¡Muera la inteligencia!”

En un siglo tan cambiante como el nuestro, en el que la consecuencia política ha sido ampliamente cuestionada, ¿a qué responde la consecuencia vital y teórica de Adolfo Sánchez Vázquez?

Lo que usted llama la “consecuencia vital y teórica” puede entenderse como la permanencia o fidelidad, a través del cambio, a cier-

* *Boletín Filosofía y Letras*, núm. 2. México, UNAM, noviembre-diciembre, 1994.

tos ideales de libertad, igualdad y justicia social a cuya realización—desde mi juventud— he pretendido contribuir práctica y teóricamente. El ser consecuente con ellos, en una época como la nuestra, en la que proliferan los desencantados de buena fe y los renegados y oportunistas de toda laya, es para mí no sólo un asunto de teoría o práctica política, sino ante todo un imperativo moral.

Si Sánchez Vázquez tuviera que elegir a los pensadores que lo han marcado intelectualmente ¿quiénes serían éstos y por qué?

Serían cuatro, sin agotar en modo alguno la lista: Sócrates, Marx, Gramsci y Antonio Machado. Y por estas razones: Sócrates, porque al filosofar en la calle con los no filósofos, me enseñó que la filosofía es un asunto demasiado serio para encerrarla en los cubículos académicos y dejarla exclusivamente en manos de sus especialistas: los filósofos. Marx, porque me hizo ver que la filosofía no debe limitarse a interpretar el mundo, sino que debe insertarse en el proceso práctico de su transformación. Gramsci —y habría que ponerlo en compañía de otros pensadores como Sartre, Lukács y Bloch— porque contribuyó a mi distanciamiento, primero, y ruptura después, con el uso escolástico, dogmático y puramente ideológico de Marx y el marxismo. Y Machado, porque a través de su *alter ego* Juan de Mairena, me transmitió una sentencia que es la piedra angular del humanismo que comparto: “Por mucho que valga un hombre, nunca vale más que por ser hombre”. Anote un rasgo común a todos ellos que no ha dejado de marcarme intelectualmente: su “consecuencia vital y teórica”.

¿Cuál es el compromiso que lo ata a la Facultad de Filosofía y Letras de esta manera casi viciosa en donde existe una identidad compartida desde hace muchas décadas entre la Facultad y su presencia? En este contexto, ¿cuál es la cotidianidad de Sánchez Vázquez?

Si exceptuamos mi breve paso por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, en vísperas de la Guerra civil, y mi actividad docente pionera, tan provechosa para mí, en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo de la Universidad Michoacana, en los

primeros años del exilio, toda mi vida académica como estudiante, profesor e investigador, está atada a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. A ella pertenezco ininterrumpidamente como profesor desde hace ya cuarenta y dos años, y en ella permaneceré mientras mi cuerpo y mi mente aguanten, y mis alumnos me soporten. Por haber realizado en esta Facultad prácticamente toda mi obra —docente y de investigación, ya que una y otra siempre han sido para mí inseparables—, y por haber disfrutado de las condiciones de libertad de cátedra y de pensamiento necesarias para realizarla, así como del estímulo y reconocimiento de mis colegas y alumnos, puedo afirmar sin exageración que toda mi obra y lo que con ella haya podido contribuir, más allá del recinto académico, a una práctica emancipatoria, se deben a mi largo paso, que afortunadamente para mí continúa, por nuestra Facultad. En este contexto me pregunta usted, qué o cuál es la cotidianidad para mí. Por supuesto, no se reduce a ser un objeto de la filosofía, muy importante para mí como lo ha sido para Heidegger, Lukács, Kosik, Lefevbre o Agnes Heller. De ella forman parte las experiencias de cada día más variadas: desde los goces, sufrimientos, incertidumbres e ilusiones hasta las actividades más diversas: actos culturales, conciertos de rock, programas de televisión o partidos de futbol. Para el filósofo, que es también un hombre de carne y hueso, la cotidianidad no puede ser sólo un objeto teórico sino que es —como para nuestro vecino— parte sustancial de su vida misma.

¿Cuál cree Sánchez Vázquez que ha sido el aporte teórico más importante que ha dado a la filosofía?

No soy yo el más indicado para responder a esta pregunta, pero coincido con los que afirman que mi aportación está, sobre todo, en el esclarecimiento de la naturaleza y la fundamentación de la categoría de praxis y en la crítica de la metafísica del *dia-mat* que durante largo tiempo se presentó como la filosofía marxista.

Usted ha sido considerado uno de los más grandes teóricos del marxismo. ¿Cuál es su balance y las perspectivas del marxismo a fin de siglo?

En el balance teórico del marxismo está su contribución decisiva al conocimiento social de la que ningún científico serio y responsable puede prescindir y de la que hoy se es deudor más allá de los recintos académicos, incluso sin tener conciencia de ello, pues hoy son muchos los que —como el personaje de Molière— hablan un lenguaje marxista sin saberlo. En el aspecto práctico, no puede negarse lo que el marxismo —desde el siglo pasado— significa en la toma de conciencia y en la acción correspondiente dentro del proceso histórico de emancipación de las clases y los pueblos más explotados y oprimidos. Sin el marxismo, ni la vida social ni su conocimiento serían lo que son hoy. Pero, en el balance teórico y práctico del marxismo, hay que registrar también lo que se ha hecho en su nombre y contra él, con la ideología y la práctica del “socialismo real”. Este uso ideologizado del marxismo no deja de afectarle negativamente, reduciendo considerablemente sus perspectivas por lo que toca a su acogida e influencia. Pero el marxismo, entendido como proyecto de emancipación, crítica y conocimiento de lo existente, vocación para realizar ese proyecto y teoría vinculada a esta práctica transformadora, sigue estando vivo. Y lo está, porque contra las sentencias de muerte de los ideólogos del capitalismo y de los dogmáticos “marxistas” de ayer, que hoy reniegan de él, los problemas de una sociedad injusta y extremadamente desigual que hicieron necesarios el proyecto, la crítica, el conocimiento y la práctica que Marx delineó, no han hecho más que agravarse en nuestra época. No es casual, por ello, que pensadores nada sospechosos de ser marxistas, como Derrida, así lo reconozcan al mostrar, a esos ideólogos y renegados, el “espectro de Marx”.

Ante el resurgimiento de los nacionalismos, del racismo y del neofascismo ¿existe alguna alternativa para el socialismo?

Ante ese resurgimiento que tiene lugar frente a, o incluso dentro de la pregonada democracia liberal capitalista, que algunos presentan como “fin de la historia”, la alternativa a esas falsas soluciones de los problemas que invocan, así como a otros que en la sociedad capitalista le sirven de caldo de cultivo —agudización de la miseria, paro creciente, violación de la soberanía nacional, corrupción de la

clase política dirigente, desigualdad cada vez mayor a escala mundial bajo las “ukases” del FMI— la alternativa necesaria y deseable —aunque no inevitable— sigue siendo, contra viento y marea, el socialismo. Otra alternativa —si no se abre paso la conciencia de la necesidad del socialismo y de la acción correspondiente para llegar a él— puede ser el caos o la barbarie.

La historia y la literatura sufren transformaciones en sus métodos, su epistemología y su hermenéutica; tal es el caso de la novela histórica o la historia cultural. ¿De qué manera se presenta esta problemática en la filosofía?

La necesidad de transformar sus métodos para ajustarlos a los cambios de su objeto es común en todas las ramas del saber. La filosofía, por esta razón, no puede ser una excepción. En este punto, como en otros, la filosofía no tiene un *status* privilegiado o superior al de las ciencias.

Para algunos el hombre es un ente filosófico por excelencia, al grado de que a veces se vulgariza el sentido de la filosofía; para otros, la filosofía es una actividad inherente al hombre, ¿en qué momento la filosofía deja de ser parte de la vida ordinaria para volverse una disciplina académica?

Si todo comportamiento humano entraña cierta idea del mundo en el que actúa, de las relaciones que los hombres contraen en él y de los fines o valores que inspiran ese comportamiento, la filosofía —a este nivel espontáneo, inmediato— forma parte de la vida cotidiana. Y se vuelve una disciplina académica cuando se pasa de ese plano cotidiano a un plano reflexivo para tratar de esclarecer o fundamentar esas ideas, creencias o valores, asumidos espontáneamente. Pero esa actividad, con las características propias de una actividad profesional, académica o especializada, no siempre se ha dado ni se da necesariamente así. Sin remontarnos a la filosofía callejera de Sócrates, baste recordar en nuestra época los ejemplos de Kierkegaard, Schopenhauer, Gramsci, Marx o Sartre.